



El Gobierno de Videla necesita ciudadanos fascistas para reemplazar a los 300.000 argentinos exiliados tras la ascensión de los centuriones al poder, y los ha buscado entre los "retornados" del caído imperio portugués.

simas condiciones a más de un millón de ciudadanos. Reducidas, pero existentes ya antes del primer periodo peronista, las "villas-miseria" crecieron cuando la industrialización atrajo mano de obra del interior del país hacia la capital, y proliferaron como un cáncer social en etapas posteriores de la larga crisis que Argentina ha vivido durante sus últimos veinticinco años. En 1955, los habitantes de las "villas-miseria" bonaerenses eran ya 80.000; quince años más tarde, se habían convertido en 800.000, y no han cesado de aumentar hasta hoy (2). Junto a los argentinos más desafortunados, chilenos, uruguayos, bolivianos y, sobre todo, paraguayos han ido hacinándose en insalubres viviendas, en busca de un horizonte distinto al de sus patrias atormentadas. Refugiados sin estatus se pasean por sus calles, junto a perseguidos políticos y sociales argentinos; en ellas se mezclan el lumpen rioplatense, el obrero despedido, el emigrado sin fortuna y el empujado al delito por su propia marginación.

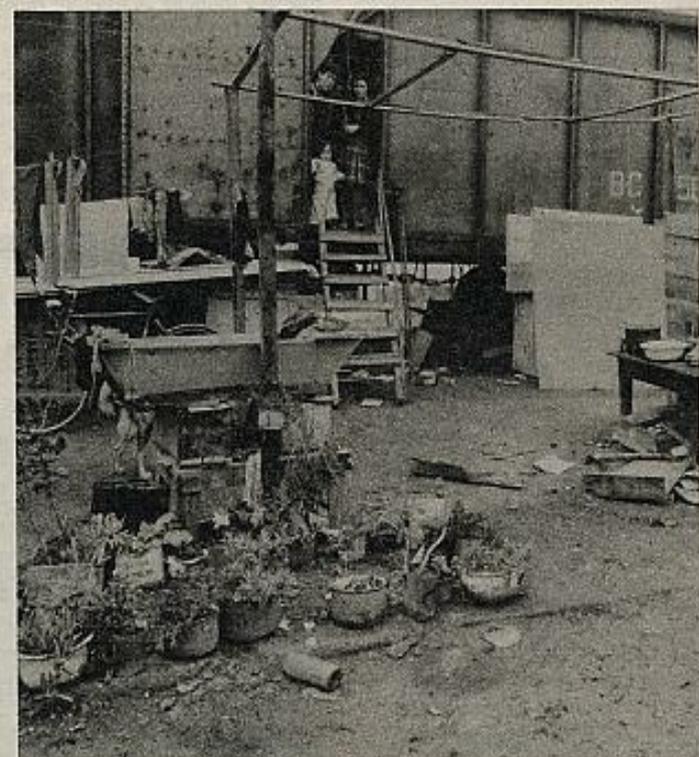
¿Por qué no recurrir a los "villeros" para repoblar zonas agrarias olvidadas del interior de Argentina? Los altos funcionarios de Videla han preferido a los colonos portugueses, más experimentados, si, pero también viejos colaboradores del más antiguo fascismo europeo; probadamente eficaces como colonos, y probadamente conformes con los más despiadados métodos de gobierno. Colonos europeos de confianza, en suma, frente a los

cuales se despreció la alternativa de una población de centenares de miles de marginados americanos, acaso por estar infectada de argentinos nostálgicos de un peronismo que les proporcionó trabajo y, entre demagogia y realidades, les permitió soñar con viviendas oficiales y otra suerte para sus hijos, y de extranjeros indeseables por ser indios o mestizos, o por estar huidos de otras patrias encadenadas a los mismos grilletes económicos internacionales que la Argentina de Videla, con dictaduras hermanas y cómplices. A los "villeros" no interesa recuperarlos; quedan ahí, como mano de obra excedente, con sus barrios convertidos en frecuente escenario de "operativos" policiales en busca de refugios guerrilleros o de pandillas culpables de pequeños hurtos, viviendo esa pena que contó el poeta villero Chilimino:

**Pena de sabernos
por pobres, menos,
y que quieren tenernos
socialmente ajenos.
Pero entiende antes:
No somos parias,
somos inmigrantes
en nuestra propia patria.**

Inmigrantes olvidados cuando no castigados; inmigrantes postergados ante la anunciada emigración portuguesa. El Gobierno de Videla necesita ciudadanos fascistas para reemplazar en el censo a los 300.000 argentinos que se han visto obligados a abandonar su país desde la ascensión de los centuriones al poder. Y los ha buscado entre los "retornados" del caído imperio portugués. ■

(2) Puede consultarse el libro "Villeros y villas-miseria", de Hugo Reiter, publicado por Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971 y 1975.



Los altos funcionarios argentinos han preferido recurrir a los colonos portugueses para repoblar zonas agrarias del interior antes que a los pobladores de las "villas-miserias" bonaerenses.

Después de Bolivia, Argentina

LAS DICTADURAS AMERICANAS IMPORTAN COLONOS FASCISTAS

VICENTE ROMERO

P RIMERO fue Bolivia la que abrió sus puertas a millares de colonos blancos de Rhodesia, provocando el escándalo de una masiva emigración racista a un país que margina a su propia población indígena e incluso planifica calladamente la limitación de su número de nacimientos, además de arrojar uno de los mayores índices de miseria del continente. Y ahora es la dictadura argentina la que se dispone a acoger a varios miles de blancos "retornados" de las colonias portuguesas en África —especialmente de Angola— cuando éstas accedieron, tras largas guerras populares, a la independencia.

Un centenar de portugueses se han instalado ya en la provincia argentina de Río Negro, iniciando el cumplimiento del programa firmado el pasado noviembre en Buenos Aires entre el director del CIME (Comité Intergubernamental de Migraciones Europeas), John Frederick Thomas, y representantes del Gobierno argentino. Y a partir del próximo mes de mayo, funcionará un centro de recepción para colonos portugueses en la ciudad de Viedma, siempre dentro de Río Negro, provincia escogida para acoger en sus tierras a los "retornados" que, después de haber sido instrumento colonial del salazarismo, se encontraron sin sitio en su propio país, convirtiéndose en un grave problema para el Gobierno de Lisboa, y asumiendo posiciones políticas de extrema derecha.

Las negociaciones para esta masiva emigración de portugueses a la Argentina duraron largos meses,

pero se mantuvieron en el más cuidadoso secreto, para no provocar protestas internacionales semejantes a las levantadas por el ofrecimiento boliviano de acoger a los colonos europeos de Rhodesia. Sin embargo, ante el hecho consumado de la instalación de los "retornados" en Río Negro, el propio CIME facilitó información del proyecto.

—Estamos ante un gran país como Argentina, con un potencial enorme, con unos recursos grandísimos, y que está infrapoblado— explicó el director del Departamento Latinoamericano del CIME, Enrique León Gomes, para justificar la aceptación argentina del contingente de colonos portugueses, que anteriormente había sido rechazado por Brasil y Venezuela.

El olvido de los "villeros"

En efecto, las estadísticas definen al campo argentino como insuficientemente poblado y explotado, mientras el país padece los efectos de una macrocefalia característica. Pero la contradicción surge a la vista de las cifras tremendas de población marginal que solamente Buenos Aires presenta. En su cinturón industrial, los barrios de chabolas, llamados popular y gráficamente "villas-miseria" (1), albergan en pé-

(1) Oficialmente conocidos como "barrios de emergencia", fueron llamados irónicamente por sus propios habitantes con nombres como "Villa Tranquila", "Villa Jardín" o "Villa Insuperable"; el periodista Bernardo Verbitsky los calificó como "villas-miseria", y la expresión se popularizó.